

«le ha señalado... En esta idea debe ver desarrollarse todos los hechos, «á ella debe hacer converger todos los sucesos, y por ella debe hacernos «conocer la relacion de las partes con el todo, y concebir la armonía «y unidad de ese gran conjunto, de ese sistema animado de los hechos «providenciales.»

Del *historiador filósofo* que, sin decirlo, retrata fielmente aquí Alzog, es el mas consumado modelo en este género, el ilustre Bossuet; y al mismo tiempo, en este perfecto original á sí propio se retrata. De forma que, siendo el célebre obispo de Meaux el *primero* que ha desenvuelto, enlazado y modelado los acontecimientos históricos con arreglo al sistema de la Providencia, Alzog es el *segundo*: pero segundo, porque ha venido despues, no porque le sea inferior en merecimiento. Ambos son principes que descuellan á igual altura en la filosofía *profunda* de la Historia universal. Bien podria ser que algun crítico digno de nuestro admirable historiador, le hiciese el justo obsequio de llamarle: «El Bossuet alemán.» Y no es de presumir que se levantara algun Zoilo á contradecir ese dictado. Á la verdad, si el *buen genio* de la filosofía católica inmortalizó el DISCURSO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL, de que se honra la Francia; podrá decirse que el mismo *genio* immortalizará la HISTORIA UNIVERSAL DE LA IGLESIA, honor de la Alemania.

Y si genial, tomando esta palabra en su acepcion mas digna, fue la produccion de Bossuet, y de gran provecho filosófico, por cierto, en una nacion como la Francia, tan desorientada con las falsas iluminaciones del *mal genio* de una filosofía superficial y fisgona, si no impía, *genial* ha sido y sobremañera útil para fijar en su verdadero eje histórico los instintos filosóficos nativos de esa Alemania, á quien tan extraviados é intolerantes se los llegó á poner el *mal genio* de una filosofía pendenciera, tenebrosa y atrevida, como buena ciega de nacimiento.

Igual valoracion puede hacerse, pues, de las altas *miras geniales y filosóficas*, que una y otra de las dos obras clásicas revelan en los caracteres de sus autores.

Benemérito Alzog, de la Religion, de la historia y de la filosofía, según acaba de verse, por la altitud y pureza de sus *miras*; débesele ver ahora benemérito de la literatura religiosa, histórica y filosófica, por las *formas* literarias de su escrito, dignas de su ilustracion y dignísimas de la materia en que se ocupa.

FORMAS.—Preguntaba el papa Paulo V á un insigne prelado, que sabia estaba escribiendo una doctísima historia: «Y bien, Monseñor, ¿qué «nos diréis de bueno en esa vuestra historia?» Y el preguntado le respondió: «La verdad, beatísimo Padre.» Aludiendo á esa misma anécdota el censor de una notable obra histórica cuyas prendas encarece, dice con referencia al autor: «Pero perdiera su valor, si, diciendo la verdad, no «la supiera decir. Mas esto es lo raro, esto es lo mas precioso de nuestro «cronista.... decir verdades, y saber decirlas.»

Esta cualidad del historiador, aun mas que del mero cronista, Alzog

atesórala en alto grado: y no será ella, á la que menos deba el éxito y boga de su Historia universal.

Sepamos sino, qué se propuso dar á luz con semejante publicacion. «Un resumen que debe sostener la atencion del oyente en momentos de «terminados, y abrirle la puerta para mas profundas y mas completas «investigaciones.» Son sus palabras. (PREFACIO).

La naturaleza de las obras y su destino, en buena estética, determinan irrevocablemente sus formas. *Formosus*, en la sábia lengua del Latín, y «hermoso,» con poca alteracion del latín, en nuestra habla castellana, se llama á un objeto, produccion de la naturaleza ó del arte, solamente cuando se percibe en él la mas exacta correspondencia de su ser y de su fin con las formas que mas convienen al primero y mejor conducen al segundo.

¿Existe esa correspondencia en el resumen histórico de Alzog? ¿Son sus *formas* las mas convenientes? El que á tiempo conoce los defectos en que pudiera incurrir en el curso de su obra, y está muy sobre sí para evitarlos, tiene andada mas de la mitad del camino para no caer en ellos. Y Alzog los presiente y sabe cómo evitarlos. «Un escollo, dice, habia «que evitar, y lo he procurado con todas mis fuerzas: el no hacer una «interminable, árida y fatigosa lista de nombres y de hechos.» (PREFACIO).

No le sucede á nuestro Autor lo que Horacio aplicaba á algunos escritores, que proponiéndose evitar un escollo caian en otro:

Incidit in Scyllam, cupiens vitare Caribdem.

Las formas que adapta á su escrito son *concisas*, sin la oscuridad á que tan afectas están las formas del decir abreviadas: *elegantes* y *amenas* sin ese oropel é hinchazón que tanto ofende al buen gusto: *variadas, fáciles y flexibles*, sin esa ligereza, futilidad y coquetería, que tanto desden infunden y tanto tedio causan á los espíritus bien formados en el sentimiento de su dignidad.

De su incontestable concision de formas, ningun ejemplo mas persuasivo que los siguientes periodos, en que, resumiendo los hechos que miran á la fundacion por Jesús de la sociedad religiosa cristiana, y á las divinas bases que le puso al establecerla, dice Alzog: «Es necesario «que exista siempre en el mundo una *palabra* que, como la de Jesucristo, sea verdadera, divina é infalible; es necesario que haya perpétuamente en el mundo una *virtud* que, como la de Jesucristo, opere la «remision de los pecados y la santificacion de las almas; es necesario «que haya constantemente en el mundo una *autoridad* que obligue á la «obediencia y á la sumision, y conduzca á la salvacion de un modo tan «infalible, como la autoridad del Salvador; es necesario, por último, «que haya incesantemente en el mundo una *sociedad* religiosa que, nacida de Dios y ligada con Dios, funde la beatitud en Dios tan verdade-

«ramente, como la sociedad de Jesús cuando vivió en la tierra en medio de sus discípulos. Esta palabra y esta virtud, esta autoridad como «esta sociedad, solo pueden fundarse en Dios; de manera que la presencia continua y la acción perpétua de Dios entre los hombres, es la «condición absoluta del establecimiento, desarrollo y duración del Cristianismo en la tierra.» (§ XXXIX). ¡Cuánto aticismo, cuánta concisión y belleza encierran en tales formas de elocución expresados, conceptos tan sublimes y tan vastos, que miden por entero la prolongada cadena de las relaciones necesarias entre el cielo y la tierra, entre la inmensidad y el espacio, entre el tiempo y la eternidad, por medio del Cristianismo, que une extremos tan distantes!

Lo que de conciso, á la par que claro y completo, está Alzog en las transcritas frases, estálo igualmente y sin decaer jamás en todos los párrafos de la obra. Mas, no es solo de admirar lo conciso de sus formas de locución, sino también lo conciso y bien cortado en reducidos, pero acabados grupos históricos, de cada párrafo en particular, pues así en cada uno se comprende una situación dada, una causa, un precedente, ó una serie de efectos ó de inducciones; y todo, encabezado con epígrafes ó títulos sinópticos, que colocan al lector sobre el verdadero punto de vista de los objetos y de las relaciones que tienen con los ya estudiados y con los que falta estudiar. De esta manera cada párrafo encierra en sus breves formas ricos elementos para un gran discurso, y una fecunda mina de argumentos que explotar á poca costa en beneficio de la oratoria, de la controversia y de la misma historia sagrada.

Repórtase de aquí otra ventaja de no inferior valía, y es la amenidad y elegancia que proporciona á la diversidad de asuntos, distribuida en bien deslindados pasajes, la natural diversidad de locución y estilo; compitiéndole á cual de ellos la locución grave y templada del crítico; á cual la enérgica y fogosa del censor; á este la brillante y persuasiva del apologista; á aquel la profunda y austera del filósofo; á unos la celosa, sutil y trascendental del teólogo y del exégeta; á otros la gráfica, correcta y animada del cronista; y tal vez, á ciertos pasajes ricos en poesía, la fastuosa y rozagante dicción de la epopeya.

Alzog se propuso que su obra no saliese *árida, interminable, fatigosa*, y lo consiguió; pues que en todo el campo de sus ricas páginas brotan y derraman sus perfumes las flores más exquisitas y los frutos más regalados, de todo género de gustos y aromas; por todas partes vierte sus raudales la elocuencia: aquí en forma de cristalinas balsas; allá, de mansos arroyos; mas allá, de impetuosos torrentes. Todo se vuelve fecundidad y abundancia en los dominios de la historia, al influjo de su potente palabra.

Y luego, ¡en cuán poco tiempo recoge, coordina y embellece con las más agraciadas formas una tan variada cosecha de riquezas como para dar cuerpo y atavíos á la historia eclesiástica, anduvieron acumulando ó esparciendo diez y nueve siglos!... *In brevi explevit tempora multa.*

PRÓLOGO

DE LOS

TRADUCTORES FRANCESES.

Es muy raro que se lea un prefacio, y mucho más raro todavía que merezca igual fortuna un prólogo del traductor: este doble motivo hace que nos propongamos ser muy sóbrios. Por otra parte, la historia cuya traducción presentamos al público se recomienda por sí misma lo muy suficiente para que tenga necesidad de nuestros elogios. La boga y el éxito que ha alcanzado en Alemania es una segura garantía del que le espera en Francia. La obra de M. Alzog ha merecido ya al otro lado del Rhin los honores de tres ediciones.

Semejante fortuna, poco común cuando se trata de obras profundas y graves, y aun más que esto, el interés positivo, la sólida instrucción, y las miras claras y trascendentales que hemos encontrado en su lectura nos han inspirado de mucho antes el ardiente deseo de verla traducida y propagada en Francia.

Pero después de haber esperado en vano que plumas más hábiles que la nuestra se encargasen de esta tra-

duccion, al cabo nos hemos decidido á emprenderla. Como las dificultades eran muchas, no deben de ser pocas las imperfecciones; mas esperamos que se nos dispensen en gracia de nuestro celo.

Cuando se registra la historia de la Iglesia, cuando se considera que no existe una sola nacion de la tierra que durante diez y ocho siglos no haya estado sometida al influjo de su accion maravillosa y de su poderosa virtud, se llena verdaderamente de confusion el espíritu en vista de la grandeza del conjunto, y de la enorme copia de pormenores que es preciso abrazar.

Si por una parte el historiador se detiene en los pormenores, corre el riesgo de fatigar al lector en una época en que son muy pocos los que desean la verdad con el suficiente ardor para digerir los Anales de Baronio, compulsar las Colecciones de Labbe y de Harduino, y estudiar con aprovechamiento al juicioso Tillemont, ó cuando menos leer simplemente al terso y apasionado Fleury.

Y si se quiere solo abrazar el conjunto, entonces queda reducida la historia á las proporciones de un manual, tanto mas inconveniente en la de la Iglesia, cuanto que su irrefragable certidumbre descansa en los innumerables y auténticos documentos que confirman la perpetuidad y la pureza de su fe. Ni ¿cuál seria el cristiano, verdaderamente estudioso, que quisiese renunciar de buen grado á las modernas conquistas de la exégesis católica? Y ¿cuántos que tengan el vagar necesario para consagrarse á la adquisicion de tesoros, enterrados casi todos ellos en los arcanos de las academias y las universidades?

En nuestro concepto, el libro de M. Alzog satisface admirablemente las exigencias de nuestra época.

No es tan voluminoso que pueda arredrar al seglar, ni tan reducido que no sea bastante á ilustrar al sacerdote y ayudarle en el ejercicio de su ministerio. Á las profundas investigaciones de la erudicion alemana, reúne las extensas miras y el atrevido vuelo de una inteligencia vigorosa y libre, siquiera sumisa siempre á la sagrada autoridad de donde procede la ciencia religiosa. Su narracion camina con rapidez, no obstante las numerosas citas originales que apoyan al texto, y sin que se advierta en ella languidez ó desabrimiento. El dogma, la disciplina, la arqueología, el arte cristiano, los hechos generales, la biografía de los varones ilustres, todo esto se liga y se encadena en ella sin esfuerzo ni violencia.

Así es, que si el lector quiere profundizar el estudio comenzado bajo los auspicios de M. Alzog, este mismo le servirá de guia llevándole á las fuentes, y haciéndole apreciar su valor y adquirir ese criterio y seguro discernimiento, sin los cuales los trabajos históricos son estériles para los otros, é inútiles para uno mismo.

Por último, la presente Historia de la Iglesia satisfará á los lectores ordinarios, quienes, sin necesidad de esfuerzos ni de grandes investigaciones, encontrarán en ella suficiente apoyo para la controversia religiosa, cada dia mas viva y extendida. Con ella tendrán á mano los archivos de la gloria de la Iglesia y los documentos auténticos de su fe, para responder ante el mundo y oponerlos al instante á los injustos detractores.

Este doble carácter de utilidad práctica para el seglar

y el sacerdote es la que en nuestro concepto ha asegurado el éxito de la obra en Alemania. El profesor de historia eclesiástica en el Seminario mayor de Posen se ha hecho popular en todas las escuelas eclesiásticas desde el Vístula hasta el Rhin, y desde el Ems hasta el Danubio. ¡Plegue á Dios que obtenga el mismo resultado en la cristiana Francia ¹!

Por lo demás tambien lo merece bajo otro respecto. La profunda separacion originada en el siglo XVI entre clérigos y seglares va desapareciendo cada vez mas. Cada cual lleva su piedra, acaso sin notarlo, para llenar el abismo, siendo una de las numerosas señales de esta revolucion social la especie de apostolado seglar que se nota hace algunos años. De esta suerte se van disipando diariamente muchas preocupaciones y preveniciones. Nuestros mismos adversarios no son los que contribuyen menos á esto con el calor que emplean en combatir nuestros mas sagrados dogmas y nuestras mas legítimas esperanzas. Todo conspira, pues, á hacer valer mas que nunca los escritos que tienden á la union íntima del sacerdocio y de los fieles.

No sin confianza dedicamos esta traduccion á la juventud católica: hace mucho tiempo que la conocemos para saber apreciarla y esperarlo todo de su celo y de su abnegacion. ¡Y ojalá puedan su valor y su fe fortalecerse por medio del estudio sério y profundo de los trabajos, de los combates, de las victorias y los prodigios de que ha sido teatro la Iglesia durante diez y ocho siglos!

¹ ¡Y en la católica España!

PREFACIO DEL AUTOR.

No sin temor y sin haber reflexionado mucho en ello, me decido, por fin, á dar á la literatura católica un libro elemental y científico á la vez sobre la historia de la Iglesia cristiana, que pueda servir de base á un curso universitario. Será, en este género, la primera tentativa que se haga despues de Dannenmayer. Con frecuencia debian desalentarme, en semejante empresa, las dificultades inherentes á un trabajo que abraza tantas cosas, y las mayores aun que resultaban de los débiles recursos de que yo podia disponer. Sin embargo, como en el curso de mis lecciones históricas cada vez iba sintiendo mas la necesidad de un compendio preparado de antemano y escrito con el objeto de acompañar á la enseñanza oral, me determinó á hacer esta obra la esperanza de ahorrar en parte á mis oyentes el penoso trabajo de las redacciones escritas, de hacerles aficionarse mas al estudio de la historia eclesiástica, y aun de ofrecerles todas sus ventajas prácticas.

En mi introduccion he expuesto, de una manera mas extensa de lo que generalmente se acostumbra en esta clase de obras, los principios que me han servido de guia, por cuya razon puedo limitarme aquí á las observaciones siguientes:

Jamás he perdido de vista mi fin primitivo; es decir, el componer un resumen destinado á preparar y robustecer el

curso principal, y no á reemplazarlo; un resúmen que debe sostener la atención del oyente en momentos determinados, y abrirle la puerta para mas profundas y mas completas investigaciones. Un escollo habia que evitar, y he procurado evitarlo con todas mis fuerzas: el no hacer una interminable, árida y fatigosa lista de nombres y de hechos. Para conseguirlo, era preciso hacer resaltar algunas circunstancias particulares, y diseñar con gran fuerza de colorido las imponentes figuras de la Iglesia; era preciso agrupar con claridad los diversos fenómenos de la vida cristiana; era preciso indicar el verdadero carácter de los tiempos y el espíritu peculiar de cada época. Hé aquí el único medio de trazar un retrato fiel y exacto. Si á veces, cuando se trata de referir las grandes manifestaciones de la Iglesia y las admirables individualidades que engendró, la expresión se anima y enardece bajo mi pluma; ó si, cuando se trata al contrario de afear á ciertas personas, y señalar algunos hechos vergonzosos, son duras é incisivas mis palabras, no se achaque semejante fenómeno mas que á la naturaleza misma de las cosas. Por una parte, en efecto, jamás puede el historiador cristiano dejar de tomarse vivísimo interés por la dignidad, el esplendor y la elevación del Cristianismo y de la Iglesia; y por otra no puede prescindir de poner gran diligencia en excitar en el corazón de sus lectores, por medio de relatos auténticos y de pinturas copiadas al natural, el amor ardiente y enérgico de la verdad.

Por lo que hace á la parte material de esta obra, creo deber declarar que he tenido el honor insigne de poderme aprovechar por espacio de diez años de los trabajos que sobre historia eclesiástica habia ya hecho el inmortal Mœlher. Ellos me han servido de punto de partida y de segura base en mis propios estudios, y mas particularmente en mis escritos. He pues-

to tambien á contribucion las obras mas recientes sobre esta materia; las publicaciones tan sustanciales de Doellinger, de Rutenstock y de Katerkamp; y las de los protestantes Gieseler, Engelhardt, Néander, Guérike y Carl Hase. He examinado con un cuidado particularísimo las numerosas monografías de los tiempos modernos, y los trabajos especiales, muchos de ellos excelentes, que contienen las revistas teológicas; y aun creo haber mirado estos dos ramos de la historia con una predilección poco comun. Por esto deseo ver acogido este sencillo ensayo de literatura eclesiástica en las márgenes del Oder, del Rhin, del Danubio, del Ems y del Neckar con una parte del interés que yo sentia en las del Wartha cuando llegaban allí las publicaciones de nuestra patria alemana. No obstante, para ser siempre fiel á mi primitivo plan de redactar un compendio científico, me ha sido preciso ir escogiendo entre estos trabajos, y contentarme con indicar, tan completamente como es posible, las fuentes. Al contrario, cuando se trataba de precisar los hechos ó las verdades dogmáticas del Catolicismo, que algunos se habian complacido en alterar, en presentar bajo un falso punto de vista, y á los cuales se negaba un origen que se remontase hasta los primeros siglos, creí deber seguir el plan indicado en la introducción, y citar en las notas numerosos extractos sacados de las fuentes originales.

Respecto de la historia eclesiástica que corresponde á la época comprendida entre la revolución francesa y nuestros dias, declaro expresamente que no he querido trazar mas que un rápido bosquejo. Sin embargo, no queria ni podia privar de esta parte á mi obra, supuesto que nuestro siglo ha sido tan fecundo en sucesos importantes para la Iglesia; que además nuestra vida religiosa se halla íntimamente enlazada con